

Que mi cuerpo no sea llorado

Abraham Alexander Fiallo Silva*

Un día de invierno, 2023.

Mi lindo, mi querido Franco.

Leer esto seguramente no será sencillo para ti y por ello te pido que me perdones. Soy muy vieja y me temo que he visto y experimentado demasiadas cosas como para sentirme demasiado mal por esto y entiendo que para ti eso es algo difícil y hartito irritante. De verdad lo lamento. No quisiera hacerte pasar por una experiencia así, pero me temo, mi niño, que tendrás que lidiar con vivencias similares más de una vez en lo que te resta de vida y creo que en lo que a esto respecta, tú tienes un lugar privilegiado, pues creo que mi perspectiva, centrada y muy lejana del sentimentalismo que puede marcar tan profundamente a personas hartito más jóvenes, podrá ayudarte a asimilar el momento con mucha más facilidad.

Perdóname, mi amor. Entiendo que debo parecer insufriblemente fría y calculadora hablando en mi manera tan afectada “aunque a ti siempre te ha parecido cautivadora, y lo entiendo por tu juventud”. Pero te pido, una vez más, que me comprendas. Viviendo mis años, el mundo y las personas terminan por perder toda su gracia, todo sentido de novedad y el único refugio que existe es el pasado. Terminas viviendo las vidas que nunca viviste, tomando decisiones que nunca tomaste y diciendo las cosas que siempre te arrepentirás de no haber dicho; vives tu fantasía propia, encerrado en una jaula de recuerdos y lamentos, de arrepentimientos. Me temo que tu forma tan sensible de interactuar con la vida, esa fogsosidad del alma, tu mirada anhelante y tu sonrisa inocente, tus manos ávidas y tus labios tan imprudentes, han sido un intento maravillosamente enternecedor de sacudir mis barrotes y azotarlos con una fuerza inútil. Mi

*** Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades, del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

hartazgo es viejo, mucho más viejo que tú y me temo que tanto más astuto y no se deja engañar tan fácil.

Tengo que reconocer, eso sí, que estos últimos meses han sido un epílogo precioso y te agradezco que me hayas recordado, aunque fuera por escasos instantes y de forma vaga, la belleza de la vida. Este tiempo fue para mí como la lectura en voz alta hecha para un viejo ciego que en su juventud hubiese devorado centenares de libros y que en ellos hubiera vivido embelesado hasta el fatídico momento de su invidencia. Me siento como ese pobre anciano y tú eres el muchacho que me ha leído con tanto amor y dedicación página tras página, recordándome, trayendo a mí los ecos de un pasado casi olvidado. Por esa entrega tan desinteresada, por ese amor tan inocente, te agradezco, mi Franquito querido.

Ahora bien, como entiendo que esto será algo complicado para ti y comprendo la embarazosa situación que es la de dejarte y desaparecer tan repentinamente, me siento en la obligación de redactar esta carta para ti, para explicarte mis razones para dejarte así, sin previo aviso. También quisiera explicarte lo mejor posible lo que ha significado para mí este tiempo contigo. Dicho lo previo, me veo en la obligación de remitir a nuestro primer encuentro.

Ya he dicho, Franco, que a mi edad todo se vive desde los recuerdos, desde la melancolía, la profunda nostalgia. Aquella mañana de principios de otoño, con sus colores amarillos en los pocos parques que hay en esta triste ciudad de grises, me sentía de nuevo atraída por el pasado. Había en el gris del cielo nublado, en el viento fresco y salvaje, un llamado antiguo que me direccionaba hasta uno de los lugares que hacía tantos años había sido para mí un hogar. El viento me levantó de mi banca, me movió con diligencia las piernas, forzándome a encaminar mis pasos hacia el lugar que mi corazón anhelaba tan tozudamente. No quería. No quise en su momento, pero no tenía y no tuve una razón especial para detenerme, para dar media vuelta y regresar al triste departamento medio vacío que me aguardaba a unas pocas calles de distancia. Así, al cabo, me encontré cara a cara con la vieja nueva fachada que se alzaba sobre el pedazo de tierra en el que tanto tiempo atrás había yo vivido una de tantas vidas anteriores a esta. Los ladrillos se habían hecho polvo y sobre el polvo habían alzado paredes de concreto y el techo abovedado se había achatado y perdido su antigua gracia, el jardín había sido cubierto y donde

El viento me levantó de mi banca, me movió con diligencia las piernas, forzándome a encaminar mis pasos hacia el lugar que mi corazón anhelaba tan tozudamente.

antes hubo frondosos árboles, no quedaba ya más que una pared trepada por viejas enredaderas descuidadas.

No supe nunca cuánto tiempo pasé de pie frente al edificio, rememorando los momentos de felicidad que había tenido en aquél lugar. Y casi lloré ese día; estuve a punto de dejar ir una lágrima. Tenía una extraña sensación de irrealidad, de estar viviendo dos momentos al mismo tiempo, dos épocas y dos vidas distintas. Ver y saber lo que ahí había existido y no encontrar nada, ni el más mínimo indicio de lo que hasta hacía muy poco tiempo (muy poco según mi percepción) había estado ahí. ¿Te imaginas, Franquito querido? ¿Puedes imaginarlo? ¿Podrías imaginar que visitaras la tumba de alguien muy querido por ti y que, en lugar de su lápida, no quedara más que un montón de escombros? Ese era el dolor que carcomía mi corazón, Franco. Me dolía, me dolía el ver negado por la realidad cambiante el testimonio de mi propia alma. El tiempo me ha arrancado un pedazo de ser, Franco, ¡un pedazo de mí! El tiempo me ha destrozado, me ha reducido a jirones, a puro estrago malviviente, a puro recuerdo desdibujado. Soy la sombra tambaleante de una llama moribunda, Franco. ¡Cómo explicártelo, Franco querido, cómo! El más mínimo soplo de viento podría haberme llevado en aquel momento, mi amor. Y entonces apareciste tú, Franquito. Llegaste cargado con tus bolsas de la compra, con el ceño fruncido en gesto de confusión y un saludo entre los labios. Cuando te volteé a ver, me miraste con la misma sorpresa con la que siempre me han visto, sin poder evitar cambiar la mirada de uno a otro de mis ojos.

“¡Buenos días!” Dijiste con tu voz nerviosa y, antes de poder contestarte, agregaste: “¿Disculpe, está buscando algo?” Tu falta de tacto y tu manera tan directa de abordarme me pareció absolutamente encantadora. No pude si no sonreír ante tu evidente torpeza. “Nada en particular. He sido traída hasta aquí por fuerza de la nostalgia y de la propia voluntad de mis piernas. Han recordado el camino a casa”, dije con una débil sonrisa bailando en mis labios. “Aunque el camino sea distinto y ésta ya no sea mi casa”, agregué señalando la puerta de tu hogar.

No pudiste evitar sonreír y me miraste con la curiosidad de quien se encuentra con una maravilla nunca antes vista. Esa fue la primera vez que me escuchaste hablar del modo en el que yo hablo, aunque, atendiendo al decoro, nunca me hiciste explícita tu idea de lo extraño que te parecía mi manera de expresarme sino hasta un punto ya algo

avanzado de nuestra relación. Pero tengo que ser sincera. Desde el principio y todavía hasta la fecha, tu manera de verme siempre me ha hecho sentir un tanto incómoda y creo que eso es algo que debí decirte hace un par de meses, perdona mi torpeza. No es que me miraras de un mal modo, sino simplemente que yo siempre he despertado en ti el interés de un académico tanto como el de un amante. No solo era el objeto de tu amor y deseo, sino también de tu estudio y observación. No me mal entiendas; nunca me trataste de esa forma, claro, pero tu mirada siempre me hizo sentir como puesta bajo el microscopio y me temo que soy un ser tan vacío por dentro, tan podrido, que aborrezco la idea de ser observada tan detenidamente, de ser desnudada de alma. Y perdóname Franco, pero eso era justamente lo que hacías al verme con esos ojos tan llenos de maravilla. Hace un rato, antes de que te marcharas a petición mía, me miraste así otra vez. Y viste, estoy segura de ello, el hueco tan grande que hay en mi persona.

Pero debo regresar al día en el que nos conocimos. Luego de sonreírme tan encantadoramente, preguntaste por mi nombre. "Laura", fue mi respuesta. "¿Y el suyo?" "Franco, pero no me trates de usted", me dijiste con una risita nerviosa. "Me parece bien, entonces", acepté con una sonrisa, algo aliviada de poder distraerme al fin de la tristeza que me atormentaba. "Así que supongo que tú eres el actual inquilino". "Eso es correcto", asentiste dándole un vistazo a la fachada del edificio. "Y según he entendido, tu antes vivías aquí, ¿no?" "Así es. Pero fue hace ya un buen tiempo. Aquí era muy diferente: había menos casas, más árboles, el cielo era más azul..." "Claro, me imagino. ¿Te apetecería entrar, entonces? Aquí hace frío y estoy algo cargado del mandado, como puedes ver".

Yo en ese momento te dije que no hacía falta tal invitación, que yo estaba solo de paso y que debía retirarme. Pero tú argumentaste que era una buena oportunidad para hacer una nueva amistad y que viera la casa por dentro y resultaste más persuasivo de lo esperado, así que, en contra de lo que esperaba, me convenciste de quedarme. En aquella ocasión no comprendiste, por supuesto, el hecho de que tuvieras que hacerme una invitación tan explícita para que yo aceptara pasar, pero estoy segura de que tu alma de lector se planteó bien pronto la duda más evidente.

A veces pienso que nunca debí involucrarte en esto, Franco. Nunca debí aprovecharme del sosiego, aunque

fuera mínimo, que me otorgabas con tu presencia, con tu charla animosa, con tus invitaciones a explorar tu *pequeña* biblioteca, como solías llamarla. Pero cometí el error de dejarme llevar y mentiría si te dijera que no fue culpa en parte por ver el amor con el que hablabas de tus libros. Esa clase de amor que yo misma también había sentido cuando era más joven, mucho más llena de vida y sentido de maravilla. Fuiste como una ventana a mis días mozos, una oportunidad para ver hacia los tiempos que hacía tanto se habían ido, Franco y te pido que me perdones si te sientes reducido a una herramienta, a un medio para un fin, pero me temo que en buena medida ese fue el motivo que me impulsó a quedarme un poco más.

A partir de ese día comenzamos a entablar una relación basada en nuestro gusto mutuo por el café y los libros. Yo me sentaba a escucharte hablar de tus más recientes lecturas mientras mi mente divagaba entre mi vacío personal y mis intentos por atender a tus palabras. ¡Ay, Franco! Quisiera poder explicar de forma correcta lo que es este estado de podredumbre, el estar muerta y aún luchar por vivir un segundo más. Cada momento es una lucha, cada respiración un dolor punzante en el pecho. Los días pasaron como agua entre mis dedos mientras yo intentaba asirme a ese eco luminoso que tu voz y animosidad constante traían a la superficie de mi corazón atormentado. Pero como ya te lo he dicho antes, mi amor, mi hartazgo siempre logra imponerse, siempre encuentra la forma de recordarme mi propia vacuidad. Y es que mi antinatural estado no es posible de ignorar del mismo modo en que se puede ignorar un bache en el camino, o el aroma desagradable de un anciano moribundo. Mi estado, Franco, mira a través de los espejos, se asoma por las ventanas, me observa por las noches. Por supuesto, hubo muchas veces en las que cuestionaste mi manía con los espejos.

Habría de habértelo dicho, mi amor, hace ya bastante, soy consciente de eso. Pero tendrás que perdonar y comprender el miedo de una anciana a quebrantar la comodidad a la que se ha acostumbrado. Simplemente argumentaba un miedo supersticioso (que en buena medida nunca ha sido mentira) a toda superficie reflejante y claro estaba que tú no comprendías, pero lo intentabas. Después de todo, si yo veía el espejo, decías, ahí estaba mi imagen, tan radiante como siempre. Pero tus ojos, mi amor, no pueden ver el reflejo de mi condena. En cambio, los míos sí que lo hacen; al

**Cada momento
es una lucha, cada
respiración un dolor
punzante en el pecho.**

intentar verme, lo único que puedo encontrar son los restos de una persona, los huesos apenas recubiertos por carne putrefacta y jirones de piel que me observan desde los profundos pozos de oscuridad que son esos ojos que miran llenos de dolor y cansancio. ¡Es espantoso, asqueroso! ¿Te imaginas dormir con un cadáver, Franco? ¿Imaginas penetrar el cuerpo de un ser inmundo y antinatural? ¿Imaginas el tacto y el calor artificial de un muerto? No te hace falta imaginarlo. Perdóname por eso, perdóname por todo. Me ha dolido en especial manera tus intentos por subirme el ánimo, por verme dichosa. ¡Y, por lo que más aprecies, te lo juro que intenté serlo! De verdad, pocas veces en mi larga existencia he intentado hacer algo con tanto ahínco, pero ha resultado completamente imposible. Siempre que me encontraba en un momento de comodidad o gozo, siempre surgía el recuerdo y la añoranza, la idea de lo inútil, del vacío en mi pecho. ¿Cómo podría ser diferente, Franco? Yo, que he vivido mil vidas y muerto mil muertes, cómo podría ser diferente. Cada vez que nos unía la carne, yo revivía momentos de mis primeras vidas, cuando el peso de los años aún no era tan extenuante, cuando el mundo aún podía descubrirse. Y la culpa me asaltaba después, al verte cansado y sonriente, sabiendo que en realidad nunca disfrutaba de ti, sino a través de ti. Perdón por la crudeza y falta de tacto, pero es la verdad.

Cuando me hablabas con tanta pasión de lo que tú más querías y disfrutabas, siempre me remontaba a mis días mozos, pensando en mi antigua fogosidad. Cuando me mirabas extasiado por mi trucada belleza, surgía en mí el remordimiento y la culpabilidad por tu engaño.

¡Mátenme, arránquenme de esta piel y de este cuerpo! Pero para qué, Franco, ¿de qué serviría? ¡Con gusto dejaría que lo hicieran en verdad si al menos pudiera sentir algo que no fuera el dolor que me aqueja! Mi cuerpo ya no, ese ya no siente hace siglos. ¿Pero mi alma? Mi alma se retuerce, se incendia, se ahoga en sangre, se desgarr a sí misma y se dobla y repliega sobre sí misma y sobre sí misma y sobre sí misma, y se muerde y se acuchilla y se destripa y grita... ¿Cómo sabrías? ¿Cómo lo sabría nadie? Quisiera odiarte, a ti, que puedes asomarte una mañana por la ventana y decir, "mira ese rayo de sol a través de las nubes, mira cómo pinta un amanecer rosado y oro"; tú, que puedes besar unos labios y descubrir la cálida suavidad del amor y el impaciente deseo; tú, que puedes hundirte en el

desenfreno y sentir la gloria y la culpa; tú, que puedes mirar una calle nunca vista, un pueblo, una ciudad, un país; tú, que tu mundo es tan amplio. Pero, ¿yo? Yo he visto un millón de amaneceres, besado un millón de labios, amado un millón de gentes, deseado y sido deseada. He encarnado el desenfreno y sentido un millón de culpas, he visto un millón de calles, un millón de pueblos, un millón de ciudades y todos los países. Mi mundo, Franco, es tan pequeño que cabe tan solo en mi cabeza. Y no me sabe a nada, Franco. Ahí radica todo: ya no hay nada que me sepa. ¿Ya lo ves? ¿Acaso no te doy miedo? ¿Acaso no te doy asco? Estoy vacía, un cascarón sin valor alguno. Cuando me veías a los ojos con tanta fascinación, embargado por la maravilla de ver dos miradas tan diferentes, una negra y la otra, dorada como la miel, yo me sentía sucia, pues me daba cuenta del enorme abismo que nos separaba. ¿Qué derecho tenía yo de llevar conmigo, otra vez, a un ser tan inocente hacia mi mundo de oscuridad y desencanto? ¿Qué derecho?

Por eso hoy te he mirado y te he negado el beso, por eso hoy te he dicho que yo era un ser de pesadilla, una vampira y me has dado por loca. Por eso hoy te he dicho que me dejaras sola y, a tu partida, me has mirado a mis ojos discordantes y finalmente has visto el abismo en mi interior. Y me ha dolido, juro que me ha dolido. Hoy daré conclusión al dolor. Perdóname, por todo. Nunca he merecido tu afecto. Por último, tan solo te pido, amor, que, al verme clavada por la estaca, mi cuerpo no sea llorado, pues nadie de valor habrá muerto.